

AMALIA PULIDO
Presidenta del Instituto Electoral del Edomex
@pulido_amalia

Romper techos en medio del asedio

La participación de las mujeres en espacios de poder suele pensarse a partir de una metáfora común: el *techo de cristal*, una barrera invisible que dificulta su acceso a posiciones de mayor jerarquía. Es de cristal porque permite ver lo que hay del otro lado, pero no necesariamente alcanzarlo. En política, las cuotas y los mecanismos de paridad buscan superar esos obstáculos, aunque no siempre garantizan una representación efectiva de las mujeres en los cargos de toma de decisiones históricamente considerados masculinos.

¿Qué ocurre cuando el *techo* deja de ser de *cristal* y se convierte en un *muro*? ¿Qué posibilidades tienen las mujeres de competir cuando los espacios de poder están atravesados por la violencia criminal? ¿Y qué ocurre cuando, como sucede hoy en Haití, las instituciones han perdido capacidad para garantizar condiciones mínimas de seguridad?

Tras el asesinato del presidente Jovenel Moïse en 2021, la violencia criminal agravó la crisis institucional y humanitaria. En febrero de 2024, los grupos armados conformaron la coalición Viv Ansanm para coordinar sus acciones y fortalecer su control territorial, desafiando a la misión multinacional de apoyo a la seguridad desplegada ese mismo año con autorización del Consejo de Seguridad de la ONU. La violencia ha persistido: tan solo entre enero y octubre de este año ha cobrado la vida de más de 4 mil 500 personas.

Como en cualquier rincón del mundo, las mujeres enfrentan formas de violencia que las afectan de manera diferenciada. Entre enero y junio de 2026, organizaciones humanitarias registraron 5 mil 500 incidentes de violencia de género. Cerca de 70% de los casos involucró violaciones y casi tres cuartas partes de estas fueron colectivas. Igual que en Colombia a lo largo de su conflicto armado, la violencia sexual no es una consecuencia secundaria de la crisis, sino una herramienta de control territorial de los grupos armados. Así, romper el *techo de cristal* deja de ser un asunto institucional. Antes siquiera de llegar a los espacios de decisión, las mujeres tienen que luchar por conservar el derecho a habitar y transitar el espacio público.

En este contexto se enmarcan las elecciones previstas para julio de 2027, en las que tres mujeres aspiran a la presidencia de Haití. El proceso para determinar quiénes se convertirán en candidatas y participarán efectivamente en la contienda aún no comienza. La historia reciente ofrece contrastes. En 2010, dos mujeres compitieron por la presidencia, y una de ellas llegó a la segunda vuelta. En 2016, cuatro mujeres aparecieron en la boleta, pero ninguna ganó.

Una de las tres aspirantes es Martine Moïse, viuda del expresidente. Las otras dos son Dominique Dupuy —exrepresentante de Haití ante la UNESCO—, y Marie-Anne Savannah Hadid Savary —empresaria y escritora—. Las tres compiten frente a un grupo mayoritariamente masculino. Además, en este contexto, la fuerza y la capacidad de ejercer control territorial suelen presentarse como atributos necesarios para enfrentar la violencia criminal; y se asocian estereotípicamente con lo masculino.

El marco electoral contempla cuotas para incrementar la participación de mujeres en las candidaturas legislativas, con un mínimo de 30% para diputaciones. También busca que más mujeres ocupen los cargos de los que históricamente han sido excluidas. El reto adicional es garantizar que puedan aspirar a ellos sin poner en riesgo su vida.

Por eso el caso haitiano es tan desolador como esperanzador. Desde el activismo, la organización comunitaria y las redes de apoyo, las mujeres siguen construyendo espacios de resistencia. En medio del asedio, no esperan a que se abran las puertas del poder para ejercerlo. En Haití el techo dejó de ser cristal, pero eso no ha impedido que las mujeres sigan ejerciendo poder, incluso debajo de él.